

vos es lo vital de su novela, dejando el paisaje en subordinación. Mari Yan merece ya entre nuestras escritoras un lugar destacado.—MILTON ROSSEL.

<https://doi.org/10.29393/At205-16HRLD10016>

UN HOMBRE Y UN RÍO, novela, por *Waldo Urzúa*.—Santiago, 1942. Editorial Cultura

Waldo Urzúa, se puede considerar un feliz debutante de la novela. Ha escrito con soltura, con gracia y sentimiento, una novela bien chilena, por la calidad de sus personajes y por el ambiente en que ellos actúan.

En la Isla de Maipo, el pintoresco rinconcito campesino, que todos, o la mayoría de los santiaguinos conocen, vive don Valeriano, el Comandante de la policía comunal de ese lugar. Es un hombre grandote, bueno como el pan y bravo como esos perros de campo, que muerden, sólo cuando deben morder. De este hombre, de auténtica cepa chilena arranca todo el nudo de la novela en lo que se relaciona con lo humano. Por el otro lado está el río, junto al cual nacen, crecen y mueren los hombres que luchan por la existencia y por formar propiedades, pequeñas y valiosas que transformen el sentido egoísta que tiene el agro chileno.

De ese padre, de ese gran corazón nace Javier, que en realidad saca de él, sólo alguna de sus grandes cualidades. No sabemos por qué, el autor creó en este hijo de don Valeriano a un ser raro, obsesionado por una serie de curiosas limitaciones. Probablemente para darle mayor interés, o bien, como una consecuencia de las razones que tiene para no confiar mucho en las gentes que lo rodean.

En don Valeriano, está el huaso chileno, generoso, arrogante, lleno de gracia y picardía que se le desborda por los ojos y por esa risa ancha que lo pone en comunicación directa

con el lector. Pero Javier lleva consigo, como un estigma o un complejo,—obedezcámosle a Freud,— una especie de rencor de ser pobre, de no tener el orgullo de mirar frente a frente a los demás, porque no tiene dinero o no nació en una noble cura. Pero hay en su persona una cualidad que lo redime ante la consideración del lector; es su amor a la tierra a donde anhela ansiosamente volver, desdeñando los sacrificios de ese evangélico profesor rural que se llama Filidor Herrera, que es un verdadero apóstol de sus buenos sentimientos, pues no sólo habla de ellos con el señor cura, sino que los pone en práctica con una abnegación increíble.

Javier, en Santiago, triunfa como estudiante y como persona, pues se capta la estimación de un personaje, también de origen humilde, pero que por esa época una situación de primer orden en el foro y en la sociedad santiaguina. Javier, el humilde hijo del comandante comunal de la Isla de Maipo, pasa a ser el amigo de este personaje, luego la persona de más confianza y en seguida su pariente próximo pues lo casa con una de sus sobrinas, una joven que reúne condiciones de bondad y de belleza, no comunes.

Pero el joven campesino de la isla, es bastante taimado. Se siente descontento de todo. De los poderosos y de los humildes. No podríamos decir qué hay de danunziano en este curioso tipo, creado por Urzúa, pues todo en la vida se le viene a ofrecer fácil, pero él lo estorba, con rarezas y caprichos. Es noble, en cierto modo, con su mujer no aceptándolo de ella, la fortuna que tiene, pero su actitud lo hace ser a ratos pedante y hasta antipático. Así es también, con ese pobre Pedro Varas que lo busca como confidente en una noche de soledad y desesperación. Lejos, de darle su apoyo y ser su guía o el amigo generoso que perdona al extraviado, lo insulta y lo rechaza. Molesta ver su actitud con esa buena, con esa buenísima costurera Otilia. ¡Qué nobles mujeres son aquellas! Y él, en cambio les devuelve con desdén toda su generosidad.

Valeriano, Adela, don Ruperto, son personajes trazados con pulso seguro, con experiencia de novelista que ya ha escrito muchas veces aquello que vió y entendió de la vida. Se ve que los años y sus experiencias de hombre fueron el más eficaz consejero que tuvo Waldo Urzúa, cuando se decidió a escribir esta novela, bella y triste, tierna y generosa. Con todas las alternativas que tiene la vida. La verdadera vida que sabe pintar el artista emocionado capaz de arrancar de la realidad, lo más interesante y lo más despreciable, para mezclarlo en una magnífica realización artística.—LUIS DURAND.



LA CASA DE VIDRIO, por *Claudia Lars*

La poesía para niños gana, día a día, el interés de los poetas. Estamos lejos de los afanes moralizantes que caracterizaron a los antiguos escritores que llenaron nuestra infancia de guías de conducta, sin dar a nuestra alma el empeño celeste de una creación. La Mistral ha sido para los niños una gran voz de luz. Su propia poesía está temblando por ellos y si nó es, en verdad, canto directamente para niños, los contiene en su globo de amor y realiza para éstos una como jornada de comprensión. Claudia Lars ha entendido como madre y como mujer a nuestra poetisa y no sólo le ha dedicado su obra, sino que, también, ha cogido su médula esencial, de trino puro:

«Palabra limpia y sencilla  
como la flor del lenguaje».

.....

«Ensénale tú el lenguaje  
armónioso de los niños».